

más bien que ha decidido permanecer al margen de todas las innovaciones estéticas, y así debe leerse la novela, como un texto tradicional, con todas las connotaciones—positivas y negativas—que lleva consigo el término.

En casi trescientas páginas observamos las peripecias de un antihéroe, degradado coronel, que insiste en pasar a primer plano, tras ser convertido en un "outsider" por el propio sistema al que tan perfectamente ha servido. Dentro del anacronismo de la narración aún es posible observar huellas de falsa raíz cervantina, como cuando el protagonista—bastante quijote—se empeña en llamar "señora" a su Dulcinea de turno (p. 93). Además, disfruta de la compañía de un criado—Síutico—que cuenta a la difunta esposa de su amo, como si se tratara de un Sancho poco simpático (pues está marcado por pinceladas negativas del narrador). Ambos son testigos de decisiones extremas y pasionales de unas mujeres que se agregan a capataces, como Lady Chatterly "a la criolla", aspecto mucho más tolerable que la decisión de María y Jorgelina a seguir a Montoya cuando éste las rescata de las garras de un malvado carabnero (en un episodio de las más hondas reminiscencias de la literatura gauchesca, convertidas las dos hermanas en una especie de "cautiva" de 1945), justamente cuando la figura de Perón comienza a aparecer profusamente en todo el país, mediante el vehículo novelístico de unos carteles. Incluso Montoya y el criado—para seguir recordando narraciones gauchas—se alejan de la civilización que ha rechazado el coronel, de una forma que el lector no puede por menos que paralelizar a una adaptación de la huida de Cruz y Fierro: "Habían cruzado la frontera sin volverse a mirar el país que dejaban a sus espaldas" (p. 44).

En un tono que tiene sus raíces más inmediatas en el más llano criollismo latinoamericano—y que algunas veces nos da explicaciones léxicas entre paréntesis—, hay diálogos bien logrados—entre el mecánico y el camionero—, ciertas descripciones de costumbres y ambientes de campo, y un irritante contraste entre el lenguaje usado por el narrador y Montoya, y plebeyo mostrado por los demás. Entre bellas descripciones de paisajes patagones (p. 39), se deslizan fragmentos decididamente cursis: "Había fiesta en los corazones y fiesta en la naturaleza. Todo Coyayque palpitaba festivamente" (p. 65); "se acostaron y durmieron y la paz descendió sobre ellos" (p. 44); "Lupe recibiendo en su cálida carne exacerbada la pasión del macho exacerbado" (p. 83); "Jorgelina era ya una mujer y Videla, por primera vez en sus treinta y cinco años había sido el instrumento de la metamorfosis" (p. 220). Además, las expresiones fuertes se ocultan pudorosamente con puntos suspensivos que siguen a la inicial, y se observa que los militares chilenos exclaman "¡Albricias!" (p. 67), sin pestañear.

Como contrapunto a la omnipresente voz del narrador, se oye la relación del criado—al modo epistolar—, y transcripciones ensayísticas (como las páginas 183 y siguientes) sobre su vida y la del país. Por eso decimos que si el texto se lee con la perspectiva de una novela en la línea naturalista, se le perdona que no intente ni siquiera un simple "montaje" que hubiera salvado la difícil confluencia de la misma escena vista por diversas personas. Pero, en fin, no se le puede pedir más, y el lector poco exigente terminará interesado el texto, con la expectativa de un final en el que—en la mejor tradición del melodrama—muere casi todo el mundo.

*University of Miami, Coral Gables*

JOAQUIN ROY

PETER G. EARLE y ROBERT G. MEAD, JR. *Historia del ensayo hispanoamericano*. México: Ediciones de Andrea, 1973.

Esta obra es refundición parcial y ampliación de la conocida *Breve historia del ensayo hispanoamericano* de Robert G. Mead, Jr., publicada hace tres lustros. El pequeño libro de Mead cumplió a satisfacción la tarea de servir de guía a quienes quisieran internarse en este campo; pero, a través de los años, se fue convirtiendo en insuficiente e incompleto, porque nuevos ensayistas y algunos entonces jóvenes hicieron conocer, en estos últimos años, importantes contribuciones. La *Historia*, elaborada junto con P. Earle, se propone cubrir ese vacío.

aparece mejorada en algunos aspectos. Se han incluido guías de lecturas y bibliografías por autores en los capítulos II y III, que antes no las tenían, y han sido actualizadas las que ya aparecían en los capítulos siguientes. Este es un servicio que los lectores agradecerán.

Las ampliaciones se refieren, en su mayor parte, a los agregados sobre nuevos autores que se estudian en los capítulos últimos. El número de los nuevos es de alrededor de cuarenta. Son escasas las incorporaciones de ensayistas hasta la generación modernista incluida. Sólo se agregan los nombres de Francisco Bilbao, de Manuel Gutiérrez Nájera y de José Santos Chocano. Las dos primeras inclusiones son incuestionables, no así la tercera.

Las supresiones de autores que figuraban en la obra anterior son mínimas; pero hay una importante: la de Alejandro Korn. Este había sido incluido por Mead entre los de la generación de 1880, porque tuvo en cuenta el año de nacimiento del argentino. Como Korn comenzó a escribir ensayos después de los cincuenta años, posiblemente hubiera sido más correcto situarlo entre los de la generación modernista o, al menos, junto a José Ingenieros, con quien polemiza. Korn fue un excelente escritor, de estilo sobrio, preciso y elegante, que dio a sus ensayos filosóficos ese sello personal que los hace expresión de una aventura individual en persecución buscadora de la esencia de lo nacional argentino y americano. Su ausencia es de las que se extrañan.

Algunos de los artículos sobre ensayistas ya incluidos en la *Breve historia* han sido rehechos completamente. Tal el caso de los que tratan de Vasconcelos, Caso, Ricardo Rojas, Martínez Estrada, Mariátegui, Reyes, Borges y otros. En los nuevos artículos hay más crítica interna de las obras y un intento manifiesto de interpretación de la totalidad de su marco ideológico. En algún caso se advierte, incluso, un cambio de interpretación; como sucede con respecto a Martínez Estrada, en cuya *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, segunda parte, Mead había creído advertir la postulación de una "afirmación optimista". Ahora se dice, en cambio, que en el penúltimo capítulo de la obra el autor adapta las faltas de paisaje, descripción de los hogares, etc. a "su propio pesimismo arrollador".

Un comentario aparte merece la división del libro en capítulos. El cambio más importante, ya que la nueva obra tiene el mismo número de capítulos que la anterior, es la fusión de los referentes a la generación de 1880 y al modernismo, en uno solo. Las razones dadas para ello no parecen convincentes y hasta se nota que los autores han tenido dificultades como consecuencia de ese agrupamiento, ya que ha sido necesario separar el nuevo extenso capítulo resultante, en dos secciones, marcando sus límites con un espacio. Además, esta nueva agrupación hace aparecer al capítulo anterior, que trata sólo de Montalvo y de Hostos, demasiado breve y raquítico.

Esta obra marca un avance en el campo de la historia del ensayo hispanoamericano, tan necesitado de estudios de conjunto objetivos, de lectura fácil y bibliografías bien seleccionadas. Estas cualidades se encuentran cumplidamente en la nueva obra de los latinoamericanistas Earle y Mead.

*Pittsburgh, Pennsylvania*

DANIEL E. ZALAZAR